

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 4 rs.

NUM. 3.º—SÁBADO 22 DE FEBRERO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 3 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 80.

REVISTA DE MADRID.

Ocho dias hace nos quejábamos de que nada anunciase aun la proximidad del Carnaval; hoy, por el contrario, podemos decir que todo la anuncia y la revela.—En cada calle hay infinitas tiendas convertidas en almacenes de disfraces; en cada tertulia se polka mas ó menos modestamente cada noche; y todo el mundo piensa en el mejor modo de divertirse, y de gastar, unos los residuos de su fortuna, otros el producto de sus economías. En cuanto anochece, oyese sin tregua el confuso y atronador guirigay de las máscaras, de esas felices máscaras del pueblo, que visten grotescos atavíos, que corren, rien, embroman, y bailan; para ellas y solo para ellas, conserva el Carnaval su alegre primitivo carácter; para ellas, y solo para ellas, ofrece la careta grandes y verdaderos encantos.—¡Qué diferencia entre esta multitud bulliciosa y la concurrencia grave, estirada, etiquetera, que circula lentamente en los salones aristocráticos, cambiando algunas palabras frias, lanzando punzantes epigramas contra el peluquín empolvado de este, contra el ridículo vestido de aquel, contra la marchita belleza de una muger á la moda! ¡Qué diferencia entre el entusiasmo con que los primeros se entregan en cuerpo y alma á los placeres, y el fastidio que los segundos ostentan ó fingen; porque es de buen tono parecer blasé y fastidiado!—Solamente cuando lleguen los tres dias de Carnestolendas, vereis á esos mismos hombres que ahora se muestran tan displicentes, tan hastiados, confundirse con las ruidosas turbas populares, y vis-

tiendo hasta sus andrajos, asaltar los carruajes que ocupan las damas de la corte para dirigirles ó galantes lisonjas, ó bromas mas ó menos cultas, mas ó menos picantes.

En los bailes públicos, los pollos y los leones son fieles á su sistema: allí, cogidos ceremoniosamente del brazo, como si estuviesen en el Prado, pasean de sala en sala, oyen con distracción los saludos de los enmascarados, y se retiran dos horas despues de haber ido, declarando que se han aburrido mortalmente; y que no volverán..... hasta el baile inmediato!—¡Qué diferencia, pues, lo repetimos, entre el afán con que el pueblo apura hasta lo último los goces, y el desvío que hácia estos sienten ó afectan las clases elevadas! Arriba lo decíamos: felices, mil veces felices, los que corren, bailan y chillan por las calles!

Pero si la buena sociedad no se divierte, al menos no puede negar que es por culpa suya, y no por falta de ocasiones; la semana ha sido fecunda en acontecimientos variados: el domingo por la mañana asistía gran parte de ella á la universidad literaria, donde uno de los jóvenes que mas honran á esta y á su país, debía recibirla investidura del grado de doctor.—Aludimos al señor don Luis Maria de la Torre, que goza ya de una reputacion justa de orador fácil, elocuente y ameno, y que si no la tuviese, la habria conquistado en aquel acto solemne con el discurso lleno de elevacion, de ternura, y de sentimiento, que pronunció al dar las gracias al claustro que le recibia en su seno. Nadie lo escuchó sin emocion y sin aplauso, y mas de una mano delicada y bella llevó el pañuelo á los húmedos ojos. Triunfos como este deben satisfacer á cualquiera por ambicioso que fuere,

porque es sin duda empresa tan difícil como gloriosa hablar á un tiempo á la inteligencia y al corazon.

Por la noche, todos ó la mayor parte de los que habian concurrido á la universidad, asistian disfrazados y engalanados al baile del régio alcázar.—Es ya tarde para tratar de esta fiesta, de la que ha dado tantos pormenores la imprudente gaceta; así nos contentaremos con decir que ha sido una de las mas animadas y brillantes entre las realizadas en palacio.—Cuatro habrá allí todavia en lo que resta de carnaval: para una de ellas se exigirá que los convidados vayan con trajes de determinada época; para otra se prescribirán en las señoras el dominó y la careta, segun se hizo años anteriores.

En fin, el martes se verificó el primer baile en los salones de Villa-Hermosa, que un amigo nos pintaba de una manera lacónica y espresiva, diciendo que habia habido mucho paño, bastante algodón, y poca seda. Sin embargo, la gente estuvo alegre y de buen humor. La orquesta ejecutó polkas y skotishs nuevas; se cenó bien, se bebió bastante, se gritó mucho, y los aficionados se despidieron hasta el segundo baile, que se verificará hoy sábado.

Y á propósito de bailes, circula estos dias un rumor que no extrañaremos ver confirmado, atendiendo á la proverbial generosidad de la persona á quien se refiere.—Dícese, pues, que el Sr. Salamanca, queriendo festejar la apertura del camino de hierro, y su santo, dará el 19 del mes próximo un magnífico sarao en el nuevo salon que ha hecho construir últimamente en su bella quinta de Aranjuez. Los que pretenden estar bien informados—y que acaso lo estén menos—



Inauguración del ferrocarril de Madrid á Aranjuez.

añaden que el célebre banquero convidará mas de mil personas, y que á cada papeleta irá unido un billete para hacer el viaje de ida y vuelta por el ferro-carril. Rostchild mismo no sería mas galante ni mas espléndido.

Mañana tambien, si el tiempo lo permite, se verificará en la linda plaza del Jardínillo la segunda corrida de becerros, que los socios y aficionados aguardan con tanta impaciencia, especialmente por ver presidir á tales lidias la elegancia y la belleza. Nuestros lectores saben que la junta directiva ha tenido el feliz pensamiento de confiar la presidencia de las funciones á algunas damas tan conocidas por sus gracias como por su inteligencia taumática: así, en la primera desempeñaron estas atribuciones la señora doña Carolina Cuadra de Valez y su sobrina la señorita de Zarco del Valle; en la segunda les tocaba el turno á la duquesa de Alba, la condesa de Teba, ó la señorita de Tilly; pero hallándose las unas ausentes, y de luto la otra, creemos que sea la señora de Recur la llamada á dirigir la fiesta.—Los billetes de convite se han solicitado durante la semana como en la anterior se solicitaron los de la inauguración del camino de hierro, como se solicitan en nuestro país—y en todos los del mundo—lo que posee el atractivo de ser gratis.

Y sin embargo, asegúrase que todavía son en mayor número los que pretenden la mano de dos ricas herederas, cuya considerable fortuna ha tenido estos días la indiscreción de publicar la prensa. Trátase de unos veinte millones en metálico y buenas fincas, que poseen dos hermanas, que acaban de perder á su opulento padre.—No se crea que el difunto era un duque ni un banquero; no se imagine que pertenecía á una familia ilustre, ni que ejerciese una profesion honrosa: nada de eso: el tío Saturno, de gran celebridad en el Rastro, era lisa y llanamente prebendo y usurero. ¿Pero qué importa?

—Todas las clases son iguales ante el oro!

Como dice con cínica osadía uno de los hombres que, gracias á este principio, han medrado mas en nuestra época.

Es indudable que desde que los periódicos han dado noticia de la muerte del tío Saturno, su casa se vé llena de personas que acuden *desinteresadamente* á consolar á las tristes huérfanas, de las cuales una se halla en estado de completa demencia.—Los filántropos y los seres compasivos quieren llevar á esta á Francia y á la Gran Bretaña,—con el título de esposa para que las costumbres no padezcan—á consultar á los mejores médicos: los hombres experimentados indican al mismo tiempo á la otra hermana el uso que debe hacer de su pingüe dote, para que no caiga en malas manos; quién recuerda con gratitud á la hija los servicios que el padre le prestó en su juventud borrascosa; quién enaltece el noble y franco corazón del difunto usurero; quién habla de sus virtudes privadas que él solo conocía...

Entre los mas asíduos, entre tantos consoladores, cita la chismografía madrileña á un título de Castilla, y á un ex-ministro; el uno jóven, viejo el otro. Añádese que sus intenciones son las mas puras: ambos piensan santamente en el matrimonio, cansado el primero de la vida de soltero; cansado el segundo de su triste viudez. Si sus planes se realizan, llevaránse á las dos hermanas á París y á Londres; procurarán educarlas y curarlas, y si lo consiguen, dentro de cinco ó seis años todo el mundo hablará de las ilustres descendientes del tío Saturno, de su elegancia, de su amabilidad, y de su buen tono.—Milagros como este hemos visto, gracias al que los filósofos llaman *el bautismo de oro*, que ha sucedido al que antes se llamaba *el bautismo de sangre*.

No es el prebendo del Rastro la única víctima que últimamente ha hecho la parca: tambien ha fallecido el conde de Parcent, personaje notable por mas de un concepto; y el actor Lombia, uno de los primeros de la escena española. El magnate y el artista han bajado á la tumba sin llegar á viejos; uno y otro han sucumbido despues de una larga y dolorosa enfermedad: al primero han acompañado á su mansion postrera todas las familias de la aristocracia: al segundo casi todos los actores y poetas que residen en Madrid.

Lombia no era solo un cómico distinguido, sino igualmente un escritor apreciable: en sus últimos días ha visto representarse veinte consecutivos su drama *El sitio de Zaragoza*, en el coliseo que dirigia; y la noche en que espiró ejecutábase *El pilluelo de París*, traducido por él, en el Español. Ni son estas sus únicas obras literarias, que mencion honorífica merece la que publicó años atrás con el título de *El Teatro*, y en la que demostraba erudición y talento. Como actor era concienzudo é inteligente; pero donde brillaba mas era en los caracteres típicos: *El pelo de la dehesa* fué su creación mas notable; aunque podemos citar entre infinitos papeles en que ha dejado memoria gloriosa, los de *Un avaro*, *El perro del Castillo*, *Lo de arriba abajo*, *El tío Tarrara*, etc.

Ademas de esta pérdida dolorosa, el arte está amenazado de sufrir otra nueva: el señor Latorre se halla tambien en una situación que deja pocas esperanzas de vida.—La pobre escena española mira desaparecer así sus ástros, y no vé mientras surgir en el horizonte los que los reemplacen. Aun está sin llenar el inmenso vacío que dejó la Llorente; ¿quiénes llenarán los que ocupaban en su esfera respectiva Lombia y Latorre?

RAMON DE NAVARRETE.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

Aun está reciente la memoria del incendio ocurrido en Barcelona, cuando tenemos que consignar en *La Ilustración* otro desastre igualmente sensible para la industria española; el que ha reducido á cenizas en la provincia de Santander la magnífica fábrica de tejidos de algodón de los señores Pedraja, cuya vista presentamos en la plana quinta de este número. Hé aquí la relación de este suceso tomada del *Despertador Montañés*:

INCENDIO HORROROSO.

La fábrica de los señores Pedraja, la gran fábrica de tejidos de algodón sobre las aguas del río Miera, que contaba 11.000 husos y 280 telares, acaba de ser presa de un voraz incendio, y devastada en gran parte por las llamas. Este deplorable acontecimiento tuvo lugar en la noche del 27 al

28 de enero próximo pasado, cuando aun no se habian hecho en el establecimiento mas que pruebas ó ensayos parciales.

Grandes han sido sin duda los estragos causados por tan lastimoso accidente, pero no irreparables; puesto que si bien el fuego se cebó en el cuerpo principal de la fábrica, pudo salvarse parte de la maquinaria que contenia, dejando ademas intactos el devorador elemento los edificios contiguos donde estaban las fábricas de fundición y reparación, el almacén ó depósito de los algodones, el pabellón del director etc.

La autoridad local y todos los vecinos del pueblo donde radica la fábrica, así como los comarcanos, acudieron instantáneamente con el objeto de apagar el fuego, que desgraciadamente no pudieron contener; pero en cambio siguen á porfía y sin exigir estipendio alguno ocupados en salvar la maquinaria; habiendo trabajado con tal actividad, que de hoy á mañana quedará toda á resguardo.

El juez de primera instancia de Entrambasaguas, que es el de aquel partido, acudió tambien al sitio de la catástrofe á ejercer sus funciones, formando la sumaria información del hecho por si resultase algun culpable, la cual se ha instruido con tal celeridad, que ayer mismo quedaria terminada. Ignórase, como es natural, su resultado; pero se dice generalmente que el incendio ha debido ser producido por el acaso, y no por mano airada.

La pérdida mas sensible sobre todo es la del tiempo que habrá de invertirse en la reparación del edificio y maquinaria, que hemos oído van á emprender sin levantar mano los respetables capitalistas dueños de la fábrica. Esta determinación se la agradecerá lleno de júbilo el país entero.

No podemos, á fuer de justos é imparciales, dejar sin elogio la conducta del señor gobernador de la provincia, quien despues de tomar, apenas supo el suceso, algunas disposiciones oportunas, se ha dirigido espontáneamente al gobierno de S. M. manifestando la desgracia ocurrida y la conveniencia de que se permita libre de derechos la introducción de cuantos útiles y artículos como madera de pino, maquinaria, etc. haya que importar del extranjero para la reparación de la fábrica, en atención á los males que de la paralización de tan importante establecimiento se seguirían á todo el país en general.

Nosotros no dudamos que el gobierno dispensará esta gracia á los señores Pedraja el día que la soliciten, así por el deber en que se halla de proteger nuestra naciente industria, como por otras muchas razones dignas de consideración, siendo una de ellas la miseria á que quedarían reducidas otra vez mas de quinientas familias que ahora vivían con desahogo ocupadas en los talleres de la fábrica de la Cavada.

Otra razón de no menos peso es que la maquinaria y demas que necesita reemplazarse acaba de importarse del extranjero, adeudando los derechos del arancel, cuyos útiles han perecido en gran parte sin haberse estrenado todavia. Todo esto creemos lo tenga presente el gobierno de S. M. á fin de hacer menos sensible la pérdida reciente sufrida por los señores Pedraja, que tanto se desvelan por introducir esas mejoras materiales á que deben su prosperidad las otras naciones.

¿Quién puede y debe llamarse literato?

«Vivimos en una época de inmensos adelantamientos.» Esta es la espresión de los que, alucinados por la brillantez de las formas, miran en el siglo XIX el emblema de la civilización, el prototipo de la cultura. «Vivimos en una época de infinita charlatanería:» hé aquí la fórmula de los que, estremadamente pensadores y deseosos de hallar filosofía aun en las cosas mas insignificantes, juzgan á los tiempos en que viven, como de verdadera retrogradación. Ambas teorías son exageradas: ambas son hijas de la pasión: ambas son igualmente desatendibles: puede por tanto asegurarse, sin temor de errar, que difícilmente hay un siglo con mas diversidad calificado, que el en que hemos tenido la fortuna ó desgracia de nacer; difícilmente se le ha considerado hasta ahora bajo su verdadero punto de vista; y sin embargo, el que le contemple con imparcialidad, el que ageno á afecciones de cualquier género le estudie detenidamente, no podrá menos de notar que si es innegable el adelanto en todas materias que en él vemos desarrollarse, no lo es menos el deplorable abuso que se fomenta á la sombra de ese mismo progreso: abuso que empaña su brillo, y que no puede menos de ser perjudicial á las ciencias, y á la literatura muy especialmente: abuso, en fin, que consiste en esa inaplicable manía, en ese loco frenesí por colocar cada cual su nombre al lado del de autores mil que leemos con admiración y respeto: deseo santo, deseo loabilísimo; pero que no á todos es dado llevar á cabo: los Lopes y los Cervantes no suelen aparecer dos veces en la vida de un pueblo: digna y muy digna emulación, volvemos á repetir, pero que en el momento en que quiere trasladarse al campo de la realidad tropieza con mil escollos, viniendo por último resultado á convencerse de su impotencia: pues hé aquí el cuadro que se ofrece á nuestra vista: hé aquí el estado de nuestra literatura; si valiera hacer á ella aplicaciones de la política, diríamos que la estamos viendo pasar por un periodo de completa anarquía: que una formidable invasión de escritores, la pone en el conflicto de perder su carácter, de diluirse, por decirlo así, de tal manera que bajo cada pluma toma un aspecto diferente, y al genio de cada autor se modela con facilidad. La literatura es hoy indefinible: querer analizarla sería querer medir la profundidad del océano, ó hallar la cuadratura del círculo. ¿No abundan hoy las novelas? ¿no se estrenan cada día piezas dramáticas? ¿El epigrama, la sátira y todas las otras especies de composición, no las vemos hoy manejadas con mas ó menos acierto, con mas ó menos gracia? ¿Acaso queda algun género que no se haya ensayado, de que no se haya sacado partido? Solo la epopeya ha sido respetada, y solo ella lo ha podido ser: porque esta obra por su naturaleza no se ha formado, ni se formará jamás en ocasión en que los conocimientos estan muy propagados: de otro modo, no le fuera dable llenar su misión: imposible le sería, como dice un célebre escritor contemporáneo, abarcar en sí todo el saber de su época y ser el resumen mas cabal, el monumento mas completo de los adelantos del siglo en que se escribe: la epopeya prosi-

gue, nace en tiempos en que se sabe poco y se medita mucho.

Bastan, pues, estas ligeras indicaciones para convenirse cualquiera, de lo difícil que es responder cumplidamente á la pregunta que encabeza este insignificante trabajo. La pintura, aunque tosca y á grandes pinceladas, que acabos de hacer de nuestra literatura, podría muy bien relevarnos de entrar en esplicaciones sobre lo que debe ser un literato, para no honrar vanamente su nombre con un título innmerecido; si la literatura es su terreno, y este es de vastísimas proporciones, vastísimos deben ser tambien los conocimientos del que á tan importante ramo se consagra; constantes deben ser sus tareas; afanosa su aplicación; ilimitado su estudio. Pero ¡ah! que esto es solo una magnífica teoría; es un objeto que se mira á través de anteojos encantados, es un recreo de la imaginación; es, en una palabra, el bello ideal. Nada hay mas fácil que formarse un literato; solo un acto de la voluntad basta para ello: inaugurarse con una novela ó con un drama, es la cosa mas frecuente en nuestros días; de suerte que puede asentarse con verdad, que hoy empieza un literato por donde en otros tiempos acabaría; hoy se engalana con tan honroso nombre el que traduce del francés una novela de Sué ó Dumas, no sin grandes perjuicios para la pureza y propiedad de nuestra lengua castellana: el que refunde, ó por mejor decir destruye, una comedia de Tirso ó de Moratin: el que escribe una larga lista de versos en que solo se echa de ver una combinación de palabras dispuestas mediante cierta rima ó sonsonete: el que en una floreada composición á la señora de sus pensamientos, compara al de una *Sifide* su talle: á los rayos del rubicundo Apolo, sus cabellos: al *nacar* sus dientes; á dos luceros sus ojos: es literato el que al hablar del campo y ponderar su belleza, usa las tan poéticas como manoseadas descripciones del *manso arroyuelo que serpenteando alegremente, corre claro y cristalino por entre la verde alfombra*; del pintado gilguerrillo que saluda á la aurora en sus primeros albores con melodiosos y no aprendidos cantos: lo es igualmente el que emborriona las columnas de algun periódico con desabridas críticas de teatros cuando al juzgar á los actores, dice en tono magisterial y vano: «el señor N.... comprendió perfectamente su papel: la señora S.... estuvo sublime en la segunda escena:» lo es asimismo..... pero; ¿adónde vamos á parar? Imposible sería en los cortos límites de un artículo enumerar todos los trabajos, todos los géneros de escritos que sirven hoy á grangear á sus autores el nombre de literato: nombre que es sin disputa el mas profanado, el de mas diversa aplicación, el mas injustamente atribuido de nuestra lengua: con él se honra el sábio consumado, con él se adorna tambien el simple romancista.

Nosotros aunque jóvenes, aunque quizá los primeros aludidos en cuanto acabamos de decir, quisiéramos no se prodigara ya ese honorífico dictado, sino al que sea rigurosamente digno de tan marcada distinción; al que haya empleado muchos años y gastado su juventud en el estudio de los clásicos, no solamente españoles sino latinos, bebiendo en la puras fuentes del siglo de Augusto en Roma, y el de los Felipes en España; al que subiendo aun mas arriba del Lacio haya podido consultar las inimitables obras que la culta grecia nos legara;

vos exemplaria græca
Nocturna versate manu, versate diurna,

decia Horacio á los Pisones; y todavía creemos que puede y debe avanzar mas el literato; sobre la latina y la griega hay otra literatura, tan bella, tan variada, tan admirable, como desconocida entre nosotros: la literatura oriental no está reducida, como se cree, á una ligera muestra, ó un insignificante recuerdo de lo que algun día fueron aquellos pueblos antiquísimos, cuna de todo el saber humano: la literatura oriental existe, comprendiendo un campo tan ancho y tan ameno como por desgracia poco cultivado; y de la exactitud de nuestro aserto dan una demostración incontestable, los libros hebreos y los libros árabes que hasta nosotros han llegado; con estas reflexiones creemos tambien suficientemente justificada la necesidad que tiene el literato de dedicarse á la filología: estudio que debe ir acompañado del de la historia y la filosofía, auxiliares muy poderosos para adquirir el conocimiento importantísimo del corazón humano y con él el don de agradar y conmover. Medite, analice los modelos que acabamos de proponerle, fíjese en la literatura antigua, madre y raíz de las modernas: consulte esos monumentos del saber que todos admiramos, condúzcase siempre guiado por la antorcha de la sana crítica, estudie mucho y escriba poco, y entonces diremos que ha llegado felizmente al fin que anhelaba; entonces será un verdadero literato y su nombre figurará entre los de nuestros sabios del siglo XVI, y el laurel ceñirá su frente, como ciñe la de no pocos consumados *hombres de letras* que España posee todavia para formar su orgullo y sus delicias; y por honor de ellos, y por honor de la nación en general quisiéramos que acabasen ya de apellidarse tambien con ese augustó nombre que á costa de tantos sacrificios han sabido conquistar, á los que solo han recibido una chispa, un ligero destello, de la gran ciencia que los primeros profesan: sí: cese ya de confundirse al gaceticista con nuestros verdaderos literatos, cuyos escritos son bastante á imprimir sobre sí mismos, sobre sus autores y sobre el siglo XIX el sello de la inmortalidad.

SEVERO CATALINA.

UN HOMBRE Y UNA MUGER.

NOVELA

por ALFONSO KARR.

Un mes habia transcurrido dia por dia, y una mañana se presentó un aldeano en casa de Luciano. Llevaba una carta para él, y tenia órden de no recibir la respuesta.

«Amigo mio: ya no estoy en París, me hallo tranquila, soy feliz. Debía empezar por decirlo esto; hablemos un poco ahora de lo pasado.

«Al recibir vuestra carta, experimenté cólera, indignación; lloré, enjugué con orgullo mi llanto... y reflexioné.

«Habeis hecho por mí lo que ningún hombre ha hecho por mujer alguna: os lo agradezco.

«Siempre en amor ha habido uno que ama, y otro que es amado; creo que de los dos, el mas feliz es el que ama; escogí este papel y le seguiré.»

«Me alimento tal vez con ilusiones, pero son ilusiones que, como sucede siempre, considero realidades, y me hacen muy dichosa.»

«Os calumniáis á vos mismo; teneis mas fuerza y energia de las que suponeis. Habeis renunciado voluntaria y generosamente á la posesion de una mujer agradable, que se os habia completamente entregado; os amo y os amaré siempre; el corto afecto con que seré correspondida, lo poseeré sin desconfianza, sin incertidumbre. Apartada completamente de todo lo que no tiene relacion con vos, si no sois mio exclusivamente, me queda una felicidad que quizás no comprendereis, pero que es para mí muy suficiente: la de ser completamente vuestra.

«He comprado una casita á una legua de Paris, en la orilla del rio. Aquí es donde pasaré el resto de mi vida. Pero hay una cosa que deseo mucho haceros comprender, y es que no han influido en mi resolucion ni el pesar ni la desesperacion; no me he constituido en ermitaña. Mi casa es muy bonita y está muy bien arreglada; he reunido en ella todo cuanto puede convertirla en una mansion agradable. Quiero ser feliz y lo soy; os he divinizado en mi corazon, os amo... sin egoismo... Todo cuanto os proporcione un momento de felicidad ó de placer, aunque sea en los brazos de otra mujer, me ocasionará á mí una verdadera satisfaccion. Venid á verme siquiera una vez; he mandado que me arreglen una habitacion muy linda, pero es menester consagrarla con vuestra presencia. Tengo acacias en flor, y es menester que os hayan prestado su sombra una vez siquiera. Cuando hayais estado aquí tan solo una vez, no volvais si así os place; si quereis, volved cuando se os antoje. Siempre os esperaré; pero sin impaciencia, sin cólera, sin pesar, cuando no vengais; cuando vengais, sea cual fuere la época, la hora, me hallareis feliz siempre con vuestra presencia, esperandoos siempre; podreis venir como amante ó como amigo, á ser amado ó consolado; me contareis vuestras penas y placeres, me hareis confidencias, os daré consejos que siempre serán sanos y fáciles de seguir; en la soledad en que vivirá con mi madre, que entregada siempre á sus devociones, apenas me dirige la palabra, me consagraré con tal exclusivismo á los negocios que os conciernen, que nadie, ni vos mismo, podrá dedicarles tanto tiempo, ni conocerlos tan bien. Cuando esteis enamorados, yo examinaré si el objeto de vuestro amor es digno de él, y si os corresponde sinceramente; os enseñaré á conocer los lazos que tienden las coquetas, y no dejaré que os espongaís á ser el que ama... porque entonces quizás no podriais tomar la resolucion que yo he adoptado, y os sería indispensable la muerte. Os velaré de lejos y de cerca, seré vuestro angel custodio; llegarán dias, horas... en que la vida sea para vos una carga pesada... entonces vendreis á mi casa, tocaré en el harpa los trozos de música que os sean mas gratos, ó escucharé vuestras quejas, me alijirán vuestras penas, porque serán ya las únicas que puedan afectarme; estareis cinco años sin venir: al fin de esos cinco años, llegareis aquí sin anunciaros, y me hallareis esperandoos. En mi cuarto habrá aquellas flores cuyo perfume os agrade mas; jamás pronunciarán una queja mis labios... en mi semblante solo vereis el reflejo de la dicha. Adios... os espero; solo por esta vez os pido que vengais.

Luciano se puso en camino en cuanto concluyó la lectura de esta carta, y una hora despues llegaba á la casita de Adela. La encontró fácilmente; era baja, y estaba casi oculta entre algunas acacias en flor: vaciló un momento antes de llamar, y su corazon latia con violencia. Por fin vibró el llamador, y salió una criada á abrirle. No era la que tenia Adela en otro tiempo, y parecia ser la única que hubiera en la casa. Lejos de ser una doncella coqueta, era una aldeana limpia, afectuosa y torpe. Le hizo repetir dos veces su nombre para poderle entender, y un momento despues vino á decirle que podia entrar.

Halló á Adela recostada en un divan. No vió ninguno de los muebles que usara en otro tiempo. Las paredes estaban revestidas de tela de lana azul celeste. Las colgaduras de la cama y de las ventanas eran azules y blancas; el divan y las butacas azules; la alfombra tenia florones grandes sobre un fondo azul de mucho efecto. En cuanto á Adela, tenia puesto un vestido de merino blanco, cuyos pliegues estaban formados por un cinturon que dibujaba su talle sin oprimirlo; su pelo caía á los lados del rostro en numerosos y espesos tirabuzones.

Nunca la viera Luciano tan hermosa. ¡Parecia ser tan dichosa!... Cuando se quedaron solos, Luciano, turbado, estuvo mucho tiempo sin pronunciar una palabra: sentia su corazon oprimido. Todo lo que rodeaba á Adela respiraba dicha y tranquilidad, y le entristecia en términos que hubiera derramado lágrimas. Aquella mujer, en el apogeo de la juventud y de la hermosura, era tan feliz con amarle, con haber abandonado todo por él!...

Ella, en tanto le miraba atentamente, tratando de fijar sus ideas, y esforzándose en dar á su semblante la expresion que habia de conservar constantemente en lo sucesivo. La primera palabra que articuló Luciano fué su nombre.

«¡Adela!»

Ella apartó su vista de Luciano, como si el sonido de su voz la hubiera hecho daño.

El la tomó la mano; y dijo:

«Adela! te he engañado y me he engañado á mí mismo; te amo con toda mi alma: se ha desarrollado repentinamente en mí una energia que me era desconocida. Puedo vivir solo para tí, consagrarme exclusivamente á tí!»

Adela pareció inmutarse al pronto. Le tapó la boca con una de sus blancas y torneadas manos, y tomando á Luciano una de las suyas con una expresion de firmeza que parecia espresarle «¡Escuchad!» le dijo:

«Luciano, si me hablais así, os creeré por un momento, y despues no daré crédito nunca á vuestras palabras. Llegaré á perder la incertidumbre que he tenido hasta aquí de vuestra franqueza para conmigo, y sobre la cual he basado mi felicidad. Sentís hoy realmente lo que me decís; pero vuestro carácter vencerá al fin, y un sentimiento sin el cual puedo pasar ahora, porque he hallado otro que basta para satisfacer mis deseos, se habrá hecho entonces tan necesari-

rio para mí, que seré exigente, importuna, empalagosa. Dejádme que sea yo la que ame. En este momento me amais; vuestra imaginacion está ofuscada por lo excepcional de vuestra situacion, pero no por eso nos hagamos ilusiones; no desheredemos nuestro porvenir. Os será muy dulce y halagüeño el saber siempre que teneis un asilo adonde refugiarnos, un seno en que apoyar vuestra frente, un corazon que solo se ocupa en hacer acopio de consuelos para prodigároslo cuando os sean necesarios. En cuanto á mí, seré feliz; seamos amigos. Venid á mi jardin.

Luciano exhaló un profundo suspiro y la siguió.

El jardin se componia primeramente de una espesura de acacias; despues habia varios cuadros de jacintos y tulipanes; á corta distancia, algunas lilas ostentaban sus elegantes ramilletes y exhalaban su exquisita fragancia. Blando y suave césped se extendia por todas las calles sembrado de olorosas violetas cuyas modestas flores era preciso buscar bajo las yerbas que ocultaban sus lindos colores.

Adela se complacia en hacer pasar á Luciano por todas las calles, como si quisiera multiplicar sus huellas y llenar el jardin todo con su presencia; parecia acopiar con avidez su provision de felicidad para el tiempo que estuviese sola.

«Transcurridos algunos instantes, le dijo con el tono mas sencillo:

«¿Comereis conmigo?»

Luciano besó su mano y contestó:

«Quiero estar á vuestro lado todo el tiempo que pueda.»

Comieron juntos en el cuarto azul.

«Amigo mio, dijo Adela al ver que suspiraba Luciano; sed tal cual yo os amo: no me engaíeis nunca. Una leve presion de vuestra mano á la mia, un movimiento de cabeza amistoso, pero sincero, expresivo, que no pueda inspirarme en fin ningun género de duda sobre el motivo que le causa, me harán siempre mas feliz que las protestas mas vehementes de amor. Os estaré agradecida cuando os vea dejarme sin alegar causa, sin dar pretexto, sin esponer mas razon que vuestra voluntad; así estaré segura de que el tiempo que habeis pasado conmigo, no lo debo ni á una resolucion tomada de antemano, ni á un proceder delicado, ni menos á miramientos de mera urbanidad. Así, vuestra partida lejos de disgustarme, me halagará; no será abandonarme sino darme una certidumbre encantadora de la felicidad que me habrá proporcionado vuestra presencia; me probará que habré tenido razon en ser feliz; convenceos bien de lo que digo, amigo mio: no vengais nunca por complacerme, ni porque creais que debéis venir; venid solamente cuando, despues de seis ó ocho meses de ausencia, sin tener noticias vuestras, os vea llegar á mi lado!»

«No os forceis nunca. Contad conmigo, pero no creais nunca que yo cuento con vos. La menor molestia que os tomeis por mí, me irritará mas de lo que pueden espresar mis labios, porque me privaría completamente de mi confianza.»

«Tal vez una idea se deslice en vuestra mente al mismo tiempo que os estoy hablando. Voy á responder á ella de antemano, á prevenirla, porque esa idea podria muy bien induciros á engaíarme, al engaíaros á vos mismo.

«Soy toda vuestra. Todo aquello que pueda haceros feliz, me lo hará tambien á mí; os daré siempre mi corazon, como os daré á otra mujer á quien amareis luego porque será mas hermosa, mas despejada, ó solamente porque será otra.

Quando Luciano se marchó, Adela se mantuvo firme; le dió una llave, y se despidió de él con la sonrisa en los labios. Le siguió largo tiempo con la vista: despues se encerró, se arrodilló en tierra con el rostro oculto entre las manos y estas apoyadas en el divan, y dió libre curso á las lágrimas que agoviaban su corazon, y que estaba conteniendo desde las primeras palabras que pronunciara Luciano.

Despues de un breve rato se levantó, estuvo algun tiempo pensativa, y dijo, hablando consigo misma:

«No soy aun tal cual quiero que él me crea, pero llegaré á serlo.»

«Dios mio! añadia cruzando las manos, ¿donde hay una mujer que como yo pueda estar segura de que su amante no ha estado con ella ni un instante mas de lo que el amor le ha dictado, y que el amor ha sido el que le ha detenido todo el tiempo que ha permanecido á su lado?

Luciano volvió á visitarla por la noche, al dia siguiente, á los dos dias. Al tercer dia dijo á Adela:

«Esta noche no vendré; algunos negocios...»

Adela le tapó la boca y le contestó:

«Nada de razones ni de pretextos: recordad nuestro convenio.»

Despues, Luciano estuvo sin verla dos dias; mas adelante tardó un mes. Cada vez que llegaba á la casita de campo, veia que le esperaban. De noche, de dia, á cualquiera hora lo hallaba todo preparado para él: se conocia que Adela, durante la ausencia de Luciano, no habia pensado sino en él.

(Continuará.)

Origen clásico del bes.

Plinio, en su historia natural dice que, segun la opinion de Caton, la costumbre de besar se originó entre parientes de ambos sexos por lejanos que fuesen, solo con el objeto de poder descubrir los hombres por este medio, si sus mujeres, hijas ó sobrinas habian bebido vino.

Fragmento de la Historia del arte y de los preceptos literarios.

(Conclusion.)

CLITEMNESTRA. ¿Con que al fin degollarás á tu madre? ¡hijo mio!

ORESTES. Por tu causa pierdes la vida, no por culpa mia.

CLITEMNESTRA. Piensa en los hambrientos canes que vengán á las madres ofendidas.

ORESTES. Pienso en los que habrian de devorarme si dejara impune la muerte de mi padre.

CLITEMNESTRA. En vano, pues, te pido la vida; ¡ay! solo tengo ya que pensar en el sepulcro.

ORESTES. El destino de mi padre ha determinado el tuyo. CLITEMNESTRA. Esta es la serpiente que crié á mis pechos. ¡Ah! el sueño aquel era profético!

ORESTES. Pues cometiste un parricidio, páguete yo con otro.

El hijo arrastra á la madre fuera de la escena para matarla; el coro se regocija. Abrese el fondo del teatro y se ven los cadáveres de Clitemnestra y de Egisto. Todos se alegran, menos Orestes que siente ya remordimientos por la muerte de su madre. «¡Ay, ay! esclama, mirad, esclavos; miradlas, son las Furias con negros vestidos, ceñidas de enroscadas serpientes é innumerables. Ya no puedo permanecer en estos lugares. El suplicio es horrible, pero cierto; esos son los perros hambrientos que vienen á vengar á mi madre.

«¡Soberano Apolo! ¿cuál su número aumenta; sangre horrible!» cae de los ojos... Vosotros no las veis, pero yo sí; ellas me persiguen ¡ay! no puedo aquí permanecer mas tiempo.» Aquí concluye la tragedia. Nótese en ella mas movimiento, mas interés que en la antecedente; hay menos palabras de sobra, los discursos de los personajes no son tan largos, ni los cantos del coro tan filosóficos ni tan llenos de recuerdos y tradiciones antiguas. Ni hay en ella nada tan sublime como el delirio de Casandra en el Agamenon; pero en cambio tiene escenas mucho mas dramáticas, como por ejemplo la de Orestes y Clitemnestra, que hemos transcrito casi entera y que es una de las mejores que se hayan jamás representado. Hay sin embargo palabras y frases sublimes derramadas por toda la obra, tales como nunca le faltan al viejo Esquilo. «Aconsejate de tu cólera» le dice Electra á su hermano Orestes, por si vacila en el propósito de vengar la muerte del padre.

«Piensa, le dice Clitemnestra á su hijo, en los hambrientos canes que han de vengar mi muerte.» «Pienso, responde el hijo, en los que habian de devorarme si quedara la muerte de mi padre sin castigo.» Está bien descrita la sagacidad y carácter receloso de Clitemnestra, con mandar que no salga Egisto sin guardias, y es hábil recurso dramático el que emplea el Coro para desvanecer la fuerza de aquella astucia. El silencio de Clitemnestra cuando le dan la falsa nueva de la muerte del hijo, tan diverso de aquella brutal alegría con que refiere en el Agamenon la muerte de su esposo, es un justo homenaje del autor al sentimiento mas puro que abriga el corazon humano. Lo propio ha de decirse de la vacilacion de Orestes al herir á su madre, cuando pide consejo á su amigo Pylades sobre el caso. Pero sobre todo, donde el autor se muestra gran dramático, es al dejar á Orestes entregado á remordimientos horribles, despues de vengado el padre con muerte de la mujer que le durmió en su seno y que con su leche le alimentó en los primeros dias de la vida; El interés de esta fábula vá creciendo desde la primera escena hasta la última; nótese poco de mas y poco de menos, antes bien reina en toda la obra una sobriedad discreta, que es la calidad mas ostensible del arte; toda la obra, en fin, merece contarse entre las mejores del teatro griego.

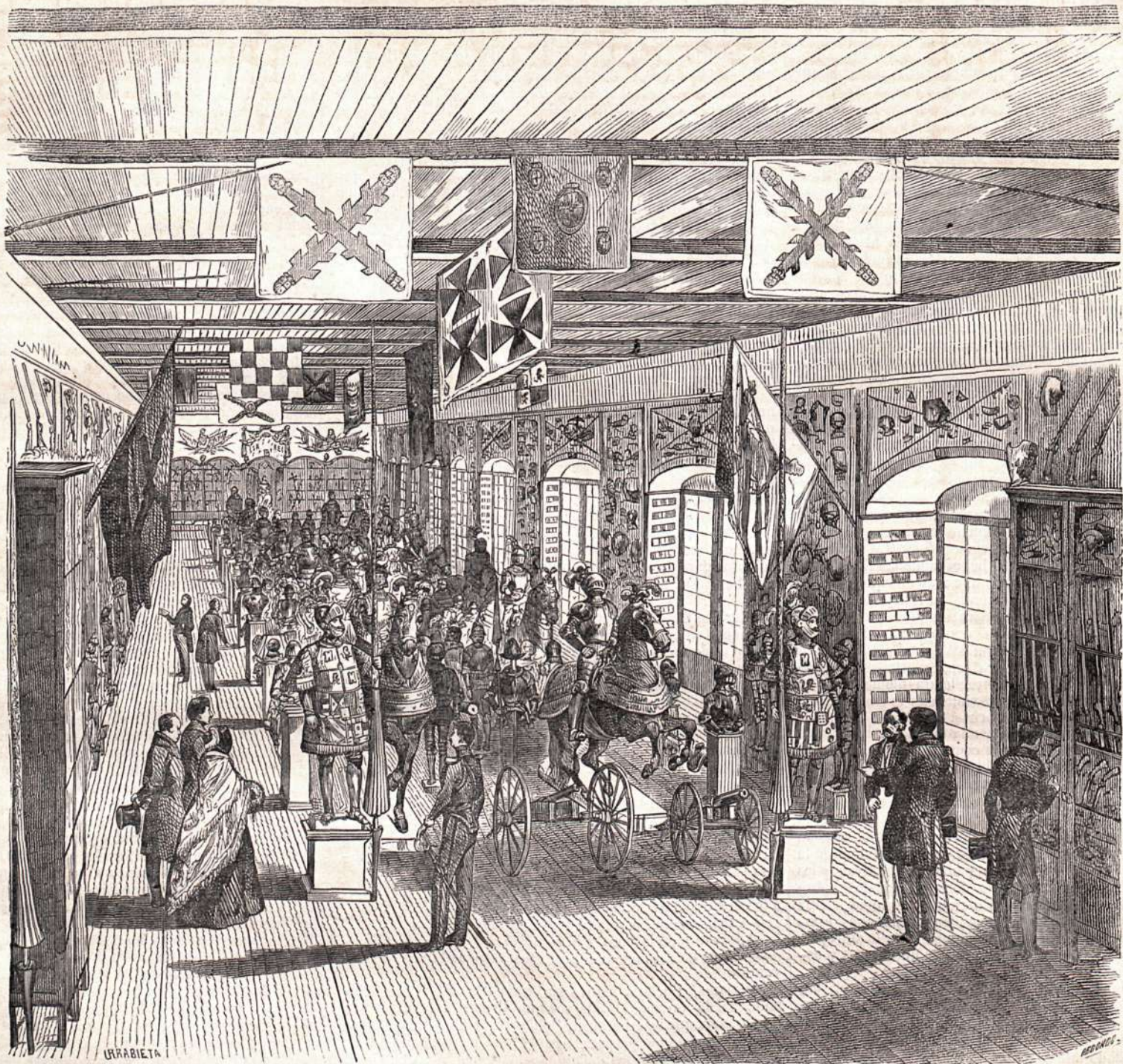
12. Pero Orestes, perseguido por las Furias, no puede reinar tranquilamente en Argos. El habia cumplido su venganza por consejo del oráculo de Delfos; Apolo le mandó vengar al padre, y Apolo debia libertarle de los tormentos que aquella empresa le traia. Hijo infeliz de una familia criada á los pechos del crimen, rica ya en desventuras, acababa de cometer él mismo, el mas odioso de los delitos: el parricidio. La tradicion señalaba como funestamente necesaria aquella cadena de desventuras: «un crimen antiguo, decian, engendra siempre otros que sean dignos de su raza; de cada crimen nace uno nuevo entre los perversos mortales, tarde ó temprano, al instante señalado por el destino; y el crimen nuevo engendra otro todavia.» Era pues, precisa una purificacion, una penitencia, un juicio solemne de los dioses que apartara de Orestes estas desdichas, y para eso, despues de los *Choeferos*, viene la tragedia de las *Eumenides*. La accion de esta fábula pasa primero en Delfos, luego en Atenas; la escena se abre delante de aquel templo famoso. La Pitonisa invoca á sus solas diversas deidades del Olimpo, y entra en seguida en el templo para ocupar la trípode fatidica; mas sale á poco espantada: «He visto, dice, sentado en la piedra que hace de centro del mundo un hombre cargado de sacrilegio, un penitente. Sangre gotean sus manos; desnudo lleva en una mano el acero, y en la otra una rama de olivo silvestre; sus sienes estan ceñidas de lana blanca segun es uso. Tales señas no pueden equivocarle. A los piés de aquel hombre duermen recostadas innumerables mugeres; mas ¿qué digo mugeres? no son sino las Furias... ellas ronan dejando en derredor hábitos apesados: desus ojos cae veneno.» Abrese el templo y aparecen Apolo y Orestes y las Eumenides dormidas. Apolo promete á Orestes socorrerle en la desdicha, y lo pone bajo la guarda de Mercurio, aconsejándole que huya mientras duermen las Furias, yendo á Atenas, ciudad de Palas, donde ha de ser piadosamente juzgado. Váse Orestes, y el alma de Clitemnestra aparece entonces llamando á las Furias para que despierten y persigan al fugitivo. «Yo estoy purgando mi crimen, dice, con horribles castigos, y entre tanto vosotras dejais vivir sin pena al hijo que mató á su madre.» Las Furias responden con ruidos. Una vez y otra las llama el alma de Clitemnestra y al fin huye desesperada mas al propio tiempo despiertan ellas prorrumpiendo en lamentaciones contra Apolo, que les habia enviado aquel sueño engañoso. Apolo en seguida echa del templo á las Furias insultándolas; ellas juran perseguir á Orestes eternamente, y él ofrece protegerlo contra su cólera. La escena vuelve á abrirse sobre la colina de Marte en Atenas. Orestes, que acaba de llegar de Delfos, invoca á Minerva; las Furias que venian persiguiéndole le alcanzan, y entonces comienzan á atormentarle. Aparece Minerva sobre la colina, y Orestes y el coro de Furias le ruegan que sentencie el pleito que allí traen él y ellas; pero la diosa no se atreve á decidir sola, y de repente se retira á buscar otros jueces. Orestes se va al propio tiempo, y las Furias solas cantan de esta manera: «El mundo va á ser trastornado con nuevas leyes, si tal hombre sale victorioso del juicio, así queda impune tal maldad y parricidio. Así, seguros de no haber castigo, todos los mortales imitarian su crimen. ¡Ay, cuántos atentados amenazan en adelante á los padres! La mano del hijo está levantada sobre ellos... Que no vengán, que no vengán los hombres á invocarme cuando el infortunio los hiera; que no griten suplicando: ¡justicia, justicia, sagradas Furias! Ora saldrá el clamor de una madre, ora de un padre espirante; pero ¡vano clamor! el palacio de la justicia se ha

«hundido en ruinas! El cielo rie cuando ve al malvado, sin arrogancia y revuelto en la red de la desgracia, de donde fuerzas humanas no pueden librarle. Su prosperidad momentánea se estrella al fin contra la roca de la justicia, perece y nadie le llora, ni conserva nadie recuerdo de él.» En esto llegan Minerva, Apolo, Orestes, un Heraldo, los Areopagitas y el pueblo de Atenas. Las furias acusan de nuevo al parricida, regocijándose ya de antemano con su venganza. «Yo no temo, dice Orestes: mi padre me defenderá desde el sepulcro.» Y el coro responde: «Mirad al asesino de su madre como cuenta con los muertos.» «Ella mató á un tiempo á su esposo y á mi padre, replica Orestes. «Para eso, dice el coro, la infiel esposa ha pagado con la vida su delito; pero tú, parricida, vives todavía.» Apolo interviene á favor de Orestes, y argumenta disputando con las Furias sobre si este merece ó no que se le condene á padecer tormentos perpetuos. Minerva toma al fin la palabra, y dice: «Hijos de Atenas, oid mis mandatos. Por primera vez vais á juzgar sobre un delito de sangre: juzgad también de hoy mas al pueblo.» Egeo: aquí fué donde las Amazonas sentaron en otro tiempo sus pabellones, cuando llenas de ira contra Teseo, combatieron la ciudad que acababa de ser levantada, oponiendo á sus torres altas otras torres enemigas; sobre esta colina honra-

res y niñas por los beneficios que dispensa al pueblo de Atenas.» Mirada en sí misma y considerada con aislamiento de las otras, poco puede decirse de la fábula de las *Eumenidas*. Ni el nombre de tragedia merece, ni apenas posee carácter alguno verdaderamente dramático. Su estructura, un tanto igual á la de los autos sacramentales de la dramática española del siglo XVII, no parece sino que pertenece á los primeros días del arte. Pero al lado de la idea religiosa, se vé resaltar en las *Eumenidas* otro sentimiento, que es el civil, el patriótico. A tiempos tan remotos pretende el autor que suba el origen del famoso Areopago, tribunal muy respetado y que era el supremo en la República. De esta mezcla de lo civil con lo religioso, de los grandes misterios de lo alto con las pequeñas vanidades de la tierra, nace cierto prosaismo y trivialidad que empaña las bellezas de que por otra parte está harto distante de carecer la obra.

13. Pero hemos venido hablando hasta aquí de cada una de las tragedias de la *Orestíada*, considerándolas en sí mismas y sin compararlas con el conjunto de la *tetralogía* que lleva aquel nombre. De intento hemos seguido este plan para apartar lo que hay de particular en cada una de las tres tragedias de lo que es general y común á todas. La *Orestíada*, en nuestra opinión, es una obra única, una sola tragedia repartida en

dejando ya inocente y libre de mancha á Orestes. Como principio filosófico, el misticismo predomina en toda la obra; una ley divina encadena al hombre á ciertos hechos, la fatalidad; y otra ley divina le desliga de ellos, la libertad. Tanto la fatalidad como la libertad, son pues hijas del pensamiento de Dios en la gran tragedia de Esquilo. El hombre, sin embargo, puede pasar de una ley á otra por esfuerzo propio; bástale que obre guiado por buenos instintos, que se arrepienta del mal, que sienta remordimientos y busque la penitencia de sus pecados. En el primer acto de la *Orestíada*, en el *Agamenon*, se presentan todos los crímenes de los Atridas; el coro los canta, Casandra los recuerda; para pagar aquellos crímenes, muere el vencedor de Troya á manos de su esposa y del adúltero; en el segundo acto, que se intitula los *Choéforos*, Egisto y Clitemnestra mueren á manos de Orestes para pagar el asesinato de Agamenon; en las *Eumenidas*, que así se llama el tercer acto, Orestes no muere, sino que por el contrario se salva de la persecucion de las furias, y es declarado inocente. ¿Qué causa interviene para que la fatalidad no lleve mas adelante su venganza? No puede ser otra que el remordimiento y la penitencia; Atrco obligó á comer á Thiestes carne de los propios hijos, y la historia no cuenta que se arrepintiera de su crimen; Egisto y Clitemnestra no se

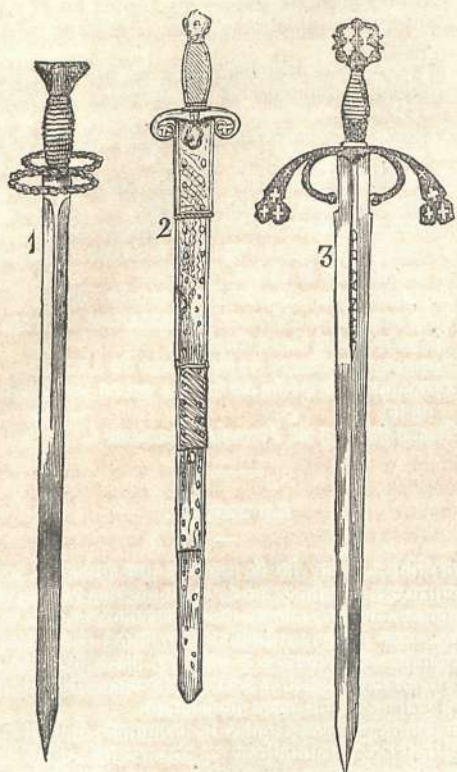


Vista general interior de la Armeria Real de Madrid.

«ron á Marte con sacrificios, y desde entonces lleva el nombre de *Areópago*. Constituidas aquí en tribunal impondreis temor y respeto á las gentes; y á no ser que altereis estas leyes santas, tened por cierto que ni de día ni de noche volverá á cometerse injusticia entre vosotros; porque si echais ciego en el agua mas clara, por poco que sea, la enturbiará.» Aquí hallarán los ciudadanos defensa contra la anarquía y el despotismo; pero la severidad no será desterrada; porque ¿cómo han de ser justos los mortales si no temen al castigo? «Respetad ciudadanos á este tribunal; él será vuestro amparo, vuestra salud: tendreis una magistratura como no la ha alcanzado pueblo alguno del mundo, aunque se cuenten la Escitia y la tierra que habitan los hijos de Pelops. Tal tribunal será incorruptible, será venerable, será severo, velará cuando la ciudad duerma, y sabreis lo que os espera en lo futuro. Ahora levantémonos, demos cada cual nuestro voto en esta sentencia, y seamos fieles al juramento prestado.» El Areópago sentencia en seguida en favor de Orestes, declarándole puro de mancha alguna, y enviándole libre á Argos. Las furias se lamentan desesperadas; pero Minerva las aplaca diciéndoles que compartirá con ellas el dominio de aquel pueblo; que ningún ciudadano prosperará allí como no adore sus altares y les lleve ofrendas. La tragedia concluye con un himno que entonan á Júpiter el coro de mugen-

tres actos, los cuales se llaman también por costumbre *tragedias*. Desde el principio hasta el fin de la *Orestíada*, uno es el objeto; unos los personajes; una la trama. El Agamenon no es mas que una exposición; así el coro se estiende allí en largas consideraciones sobre la historia de Argos, porque de ellas necesitan los espectadores para seguir el rumbo de la grande acción que se propone; Casandra profetiza desde entonces aunque vagamente, lo que vá á representarse; el remedio está lejos, dice, cada crimen llama otro crimen, hasta que el destino dispone otra cosa la muerte de Agamenon no es mas que el punto de donde parten todos los acontecimientos del drama. En los *Choéforos* se muestra ya la acción en todo su desenvolvimiento; según la ley eterna, la muerte de Agamenon debía ser lavada con otro crimen; cúmplase, con efecto, la ley, y el nuevo crimen se comete cayendo Clitemnestra y Egisto al golpe del puñal de Orestes. Entonces asaltan á este remordimientos horribles; y ¿quién sabe qué otro crimen vendrá despues? Pero el autor añade á aquellos dos actos otro que lleva el nombre de las *Eumenidas*; aquí es donde tales remordimientos hallan término; donde el destino rompe su dura ley; donde la raza de los Atridas recobra su libre albedrío. Un juicio solemne donde intervienen los dioses; donde las furias toman parte contra el hombre, y Minerva y Apolo le amparan, termina la acción del drama,

arrepentieron tampoco, sino que por el contrario se regocijaron de haber matado á Agamenon; solo Orestes deplora su crimen; solo él siente remordimientos; solo él vá de peregrino á templos lejanos para hacer penitencia de sus obras y alcanzar perdón de los dioses; y solo él salva y libra á su raza de la eterna maldición que pesaba sobre ella. No ha de decirse, pues, que arrebató Esquilo su libertad al hombre; la ley de la espacion no puede decirse que sea así ciega é injusta. Parece sin embargo, que sea Esquilo quien primero haya representado al hombre cobrando su libertad por medio de la penitencia, puesto que las furias, al oír la sentencia de Orestes, que lo libera de sus tormentos, esclaman repetidas veces dirigiéndose á Apolo y á Minerva: «Vosotras, nuevas divinidades, habeis destruido las leyes antiguas con arrebatarme de mis manos al pecador.» Ya, hablando del *Prometeo*, notamos allí una idea que parecia entrever y predecir el sacrificio del verbo divino; el poder de la penitencia representado en la *Orestíada*, ha de sorprender mas todavía á los amigos de la meditación histórica. ¿No podría haber cogido tales ideas el viejo Esquilo de alguna tradicion de los primeros días del mundo, no enturbiada todavía por la civilización gentílica? Arcanos son estos que esconden las edades pasadas, y que antes persuaden á la conciencia que no al orgulloso pensamiento humano.



13. Pero el análisis de la gran *tretalogia* de Esquilo puede traernos importantes revelaciones acerca de lo que eran todas las *tretalogias* y de cómo miraban los griegos este género de fábulas. Se sabe que en las fiestas públicas se representaban de seguido las *tretalogias*; cosa no estraña por cierto, puesto que el tamaño de una de estas composiciones no escudía al de nuestros dramas modernos; sábese también que las *tretalogias* versaba sobre un solo asunto, el cual comenzaba y terminaba en ella. Y asentados ya tales antecedentes ¿será mucho asegurar que para los griegos del tiempo de Esquilo, por lo menos, la fábula perfecta era la *tetralogia*, y que exigían en ella tres tragedias, como mas tarde han pedido algunos tres ó cinco actos á las obras dramáticas? Contra esta suposición que tímidamente aventuramos, no hay mas que una objeción fundada; y es que cada tragedia tiene de por sí desenlace diverso, terminando y muriendo en sí misma. Tal problema, mirado superficialmente, podrá parecer de resolución difícil; pero no si se atiende al conjunto de la obra, si el ánimo se remonta hasta mirar sintéticamente la fábula, en su principio, medio y fin, en su punto de partida y en su término absoluto. No es cierto de todo punto que la acción de cada tragedia termine en ella misma, sino que por el contrario parten de una á otra hilos harto visibles que las juntan, llamando necesariamente á la segunda tras de la primera, y á la tercera tras de la segunda. Lo que ha de decirse es, que al fin de cada uno de los actos, puesto que tal nombre merecen las tragedias sueltas, acontece siempre algo importante; que la acción, como que reposa en cada final de acto, toma de allí vuelo para el siguiente; y esta es regla que observan aun los buenos dramáticos. En el primer acto de la *Orestíada*, la muerte de Agamenon deja suspenso el ánimo, que espera ya el castigo de aquel atentado; en el segundo, la muerte de Egisto y Clitemnestra, y los remordimientos de Orestes, dejan también incierto y dudoso el ánimo, que no sabe aun si los dioses castigarán al parricida ó perdonarán al penitente; hasta el tercer acto, en fin, donde de la cadena de la fatalidad se rompe, y es Orestes libre y salvo de tormentos, no se satisface la atención, no se apaga la ansiedad, no se entrega el alma al descanso. En nuestro concepto, pues, la *tetralogia* fué el tipo dramático de los antiguos griegos; tipo casi perfecto y que de seguro el género humano ha superado después; donde el terror y la compasión eran móviles de acción y no término de ella; donde los crímenes conducen á la penitencia, y la fatalidad á la libertad, donde la idea del cielo y la idea de la tierra caminan á un propio objeto; y lo finito y lo infinito, lo general y lo particular, se mezclan y confunden para componer y realizar la obra del arte. Desde la cumbre de esta *tretalogia*, Esquilo domina á los siglos y á las generaciones artísticas que se han sucedido desde su muerte hasta nuestros días.

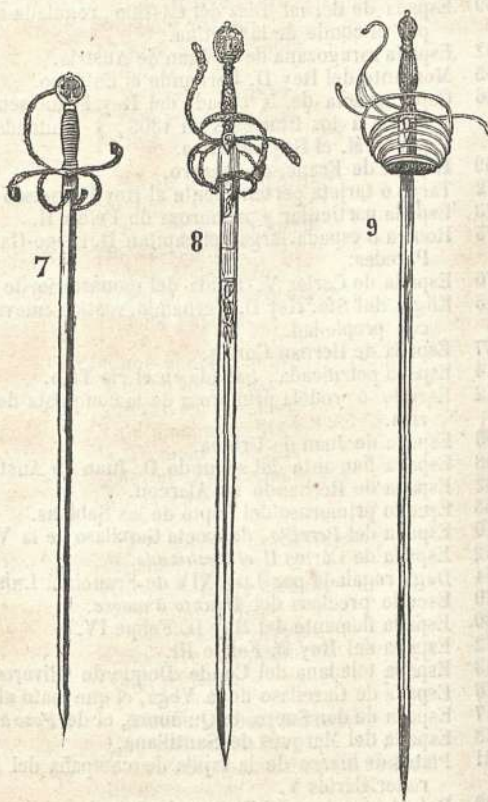
A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

La Real Armería de Madrid.

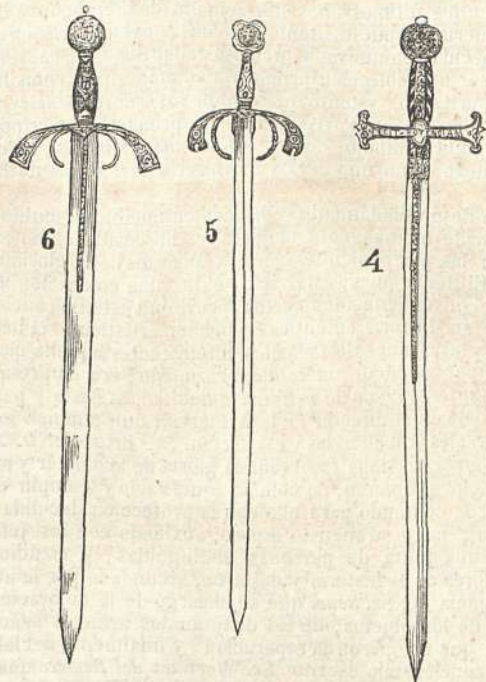
Cuando se considera el imperio colosal que reunieron bajo su cetro los tres primeros monarcas de la dinastía austríaca; cuando se toma en cuenta que á la sombra de sus banderas y por la fuerza de sus armas conquistaron los españoles

las Indias Orientales, las islas del Océano, el inmenso continente del Nuevo Mundo, las costas é islas africanas, y los mas bellos y ricos países de Europa; cuando se recuerda que aquellos descubrimientos y conquistas produjeron los inmensos trofeos de Otumba y del Cuzco, de Lepanto y de Tunez, de san Quintín y de Pavía; cuando, en fin, se traen á la memoria los hechos esforzados, el patriotismo y grandeza de esa pleyada de monarcas generosos y de personajes heroicos, desde Pelayo hasta Isabel I; desde el Cid hasta el gran Capitán; cuando todas estas consideraciones, repetimos, asaltan al entendimiento y cautivan la razón, ¿cuál de los españoles, dotado de amor patrio y de entusiasmo nacional entrará indiferente á visitar el rico arsenal, el preciosísimo museo donde se conservan gran parte de aquellos nobles títulos de nuestra pasada gloria, de aquellas armas y vestiduras, bajo las cuales palpitaron un día pechos generosos, ó fueron arrancadas de manos del cautivo guerrero para adornar el carro de triunfo del magnánimo vencedor?

El poderoso y altivo Felipe II heredó efectivamente de su progenitor y transmitió con cuantiosos aumentos á su hijo y sucesor Felipe III, el imperio mas dilatado que han conocido los siglos en todas las regiones del Orbe. Bajo el cetro descuidado del tercer Felipe vinieron á agruparse los inmensos descubrimientos, las formidables conquistas, los aventajados enlaces y sucesiones que habian preparado ó realizado las felices manos de los reyes Católicos, Carlos I y los dos Felipes. Por fruto de ellas, no solo pudo titularse monarca de los diez y ocho reynos de las Españas, sino también de Portugal, de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña, de Plasencia, de Parma, y el Milanesado, del Rosellon, el Bearnais, y la baja Navarra, del Artois y del Franco Condado, de los Países bajos y de Flandes; dominó en Africa casi todas las costas, Angola, Congo, Mozambique, Oran, Mazarquivir



Mostagan, Tánger, Tunez y la Goleta; y en las islas africanas las Azores, Madera, Cabo verde, Malta, Baleares y Canarias; tuvo un imperio en el Asia en las costas del Malabar, Comandul y de la China, Goa y Macao, y derecho á los Santos lugares de Palestina: poseyó también las ricas é inmen-



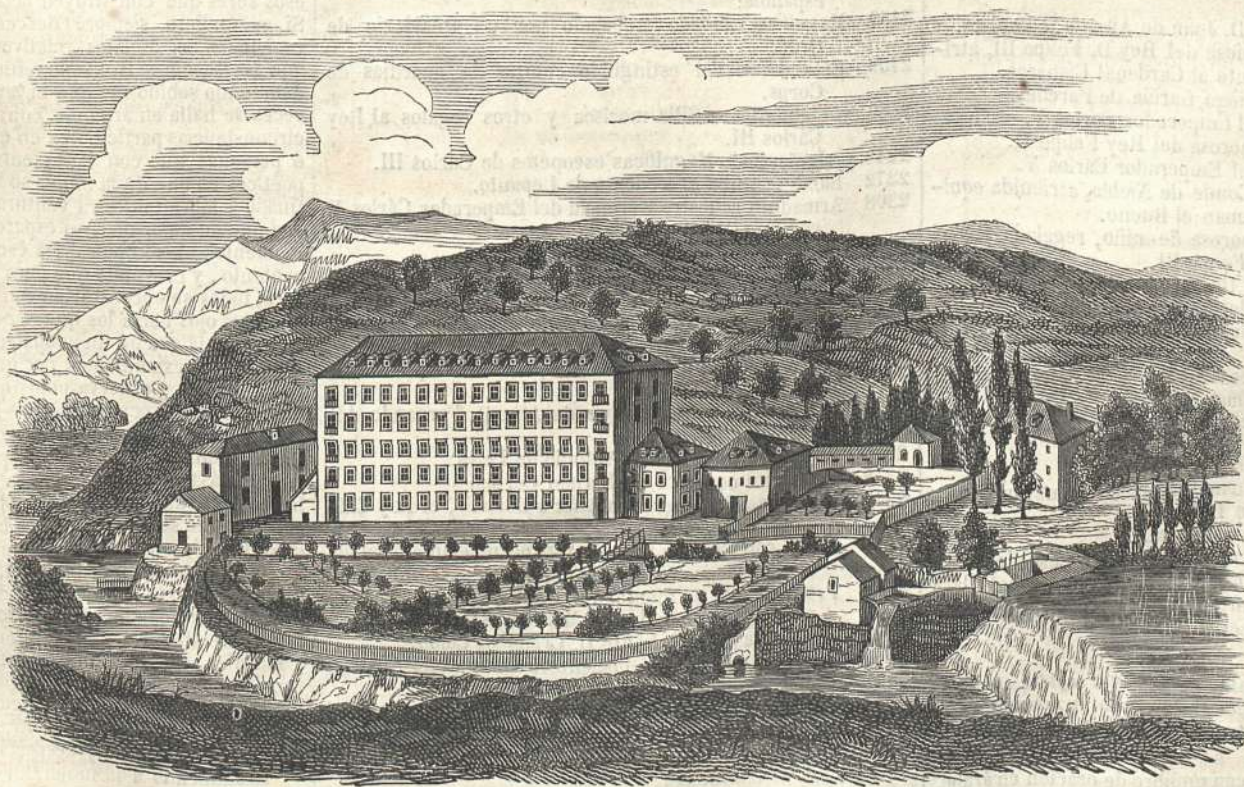
sas islas Filipinas, Bisayas, Carolinas, Marianas, y de Palao, de la Sonda, Timor, Molucas, y otras innumerables del mar Pacífico, y extendió, en fin, su dominación como Emperador de Méjico, del Perú, y del Brasil, á todo el continente de América y las grandes y pequeñas islas del Océano. Es decir que reunió bajo su cetro una población calculada en seiscientos millones de almas, y una extensión de territorio de ochocientos mil leguas cuadradas, que es la octava parte del mundo conocido. Ni los imperios orientales, ni Alejandro, ni Roma, ni Carlo Magno, ni Napoleon pudieron llegar jamás á este asombroso señorío.

De qué modo se desvaneció como el humo aquella gigantesca mole; como desapareció rápidamente esta figura colosal en manos de los tres últimos monarcas de la dinastía de Harpsbourg, no hay para que repetirlo aquí, ni cumple tampoco á nuestro objeto. Solamente hemos señalado algunos puntos en la inmensa órbita en que giró el luminoso planeta del imperio español, para tener ocasión de hablar del depósito sagrado de sus trofeos de victoria, reunidos en la *Real Armería de Madrid* por disposición del mismo Felipe II y de sus sucesores; y para fundar en aquellos datos la aserción de ser este el mas rico y variado museo de armas en Europa.

Todavía sería mas completo, si acontecimientos recientes, si desgracias irreparables, no hubieran venido á trastornar y disipar en parte aquel magnífico monumento de nuestra historia nacional.—Formado y acrecido con gran cuidado y diligencia por los monarcas que sucedieron á su fundador, ostentaba á los principios del presente siglo una rica variedad de prendas históricas y de esquisito trabajo artístico, aunque no muy bien estudiadas ni colocadas, segun puede inferirse del inventario publicado por Abadía en 1793.—Pero vino la funesta guerra consecuencia de la invasión francesa, y el primer objeto á quien cupo la mala suerte del ser envuelto en el trastorno general, fué la Real Armería, en la que el pueblo de Madrid en momentos de ciego entusiasmo, y de resistencia heroica á los ejércitos imperiales acampados á sus puertas, solo vió un copioso arsenal donde acudir á surtir de armas ofensivas, y forzando sus puertas, arrancó de aquel sagrado depósito multitud de prendas de inestimable valor histórico, para oponerlas indiscretamente á las águ-

las vencedoras en Jena y Austerlitz.—El resultado fué su pérdida irreparable para este Museo, y posteriormente se completó el trastorno y arrumbamiento de los objetos que aun le quedaban por el descuido ó mas bien la mala voluntad que como todas las glorias nacionales inspiraron naturalmente al gobierno intruso de una dinastía enemiga, llegando al extremo de arrinconarlos en desvanes y boardillas, y convertir en salón de bailes el piso principal del edificio. Ni paró aquí la ojeriza y los celos del gobierno de Napoleon; sino que afectando susceptibilidades impropias, y abusando de su poder pasagero, arrancó de aquel sitio la espada del prisionero de Pavía, pretendiendo inútilmente borrar con ello una página de nuestra historia nacional.

Por fortuna los tiempos cambiaron, la España recobró su independencia á costa de su sangre y sacrificios; los monarcas legítimos volvieron á ocupar el sόlo, y desde entonces este, como todos los demas establecimientos de gloria



Vista de la fabrica de hilados de algodón incendiada en la provincia de Santander el día 27 de enero.

y orgullo nacional, atrajo sus miradas y reclamó su protección.

Ya en los últimos años del reinado de Fernando VII la real Armería, repuesta algún tanto de los pasados trastornos, y enriquecida con nuevas y preciosas adquisiciones, había llegado á ser una colección primorosa en ambos conceptos histórico y artístico, y tanto que cuando los señores *Sensi* y *Jubinal* publicaron en París en 1835 su primorosa descripción con magníficos dibujos de los objetos mas notables, se citó desde luego como uno de los mas preciosos museos de Europa.

Pero desgraciadamente se hallaba en notable descuido de estudio y de buena colocación para ser apreciado como merece por las personas inteligentes y amantes de la gloria nacional. El llenar pues, este vacío, el dar una colocación metódica y conveniente á los objetos, previo un estudio concienzudo de su historia auténtica y primor artístico, el hacer pública y al alcance de todas las inteligencias aquella clasificación por medio de un *catálogo* razonado, era empresa de tan alto interés como de extrema dificultad. Al celo y patriotismo del actual director de la Armería (que también lo es de las reales caballerizas) el Excmo. Sr. Brigadier D. José María Marchessi estaba reservada la gloria de acometer y realizar este pensamiento, de colmar aquel vacío y cumplir esta necesidad, contando para ello con la protección decidida de S. M. la reina y su augusto esposo, auxiliado con los informes de una junta de personas distinguidas, y estudiosos analizadores de la historia y del arte, secundado por la activa diligencia del Sr. *Sensi* que se encargó de la colocación y arreglo de los objetos, de los distinguidos armeros señores *Zuloagas* que dirigieron la reparación, y finalmente del laborioso y concienzudo escritor Sr. Martínez del Romero que se encargó de la formación del *catálogo*, ha podido darse á luz este preciosísimo trabajo en el año último, y presentarse al público con su arreglo metódico y brillante disposición aquel magnífico museo.

A los que para visitarle con fruto lleven en la mano ese interesante libro, nada podemos decirles que no esté ampliamente comprendido en él. Pero como la contemplación en detalle de tanta multitud de objetos (cuyos números llegan á 2533) es cosa que requiere mucho tiempo y propia de poquitas personas, nos parece que no está fuera de lugar la idea de llamar la atención de la generalidad hacia aquellas prendas que por su heroica procedencia ó el primor de su ejecución tienen la ventaja de atraer todos los instintos, de reunir todas las voluntades, de cautivar todas las miradas. Pero como necesariamente esto debe tener sus límites y mas en un artículo de periódico, habremos de contentarnos con señalar hasta un centenar de objetos, designándolos por los números que llevan en el catálogo, y de los cuales se dan en él preciosos pormenores descriptivos. Ultimamente, y para hacer mas interesante este ligero recuerdo de la Real Armería acompañan al presente artículo dibujos de una vista general del inmenso salón de 227 pies de largo por 36 de ancho y 21 de altura en que se halla colocada, y los de algunas armaduras, espadas y otras prendas que pertenecieron á las grandes celebridades históricas.

Hé aquí la nota de los objetos principales.

R. de M. R.

NOTA

DE LOS OBJETOS MAS INTERESANTES DE LA REAL ARMERIA.

Números.

- 141 Armadura de malla de Alfonso V de Aragón.
- 233 Rodela ganada por D. Juan de Austria á los moriscos de las Alpujarras.
- 293 Media armadura del Condestable de Castilla D. Íñigo Fernandez de Velasco.
- 321 Panoplia ó armadura completa del Elector de Sajonia, prisionero de Carlos V.
- 376 Media armadura del Infante Cardenal D. Fernando, Gobernador de los Países-Bajos.
- 378 Magnífica celada con gola, del Emperador Carlos V.
- 390 Rodela flamenca á prueba de mosquete, enviada por el Papa Pio V á D. Juan de Austria.
- 397 y 408 Celadas turcas cogidas en la batalla naval de Lepanto.
- 402 Armadura febrida de D. Juan de Austria, completa.
- 426 Media armadura preciosa del Rey D. Felipe III, atribuida infundadamente al Cardenal Cisneros.
- 453 Media armadura de Diego Garcia de Paredes.
- 481 Preciosa armadura del Emperador Carlos V.
- 483 Rodela flamenca primorosa del Rey Felipe II.
- 499 Armadura alemana del Emperador Carlos V.
- 544 Media armadura del Conde de Niebla, atribuida equivocadamente á Guzman el Bueno.
- 630 Media armadura primorosa de niño, regalada por el Duque de Osuna á Felipe III.
- 640 Magnífica ballesta del Duque de Alba.
- 901 Armadura completa del Marqués de Pescara.
- 927 Preciosa media armadura de Garcilaso de la Vega, el poeta.
- 939 Escudo ó rodela famosa del Juicio de París.
- 1132 Media armadura de Juan de Padilla.
- 1157 Armadura de D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.
- 1181 Armadura del marqués de Mondejar.
- 1231 Media armadura de Juan de Aldana, el que cogió prisionero á Francisco I.
- 1241 Escudo del Marqués de Villena.
- 1249 Media armadura del capitán Alonso de Céspedes.
- 1327 Media armadura regalada á Felipe III por Isabel Clara Eugenia, con su cifra, que ha dado lugar á que se la atribuyese á Isabel la Católica.

SECCION SEGUNDA.—ARMARIO A.—Objetos cogidos en el palacio del Bey de Oran (*Bigotillos el Renegado*), y tomados á Ali-bajá que mandaba la capitana en el combate de Lepanto.

- 1519 Bolson de terciopelo con un libro de oración en árabe.
- 1525 Pendón que llevó á Túnez el Emperador Carlos V.
- 1543 Chapines ó zapatos chinos.

- 1544 (ARMARIO B.) Bastón, carcaj y calabaza de un cacique americano.
- 1563 y 1568 Dos krytes malayos.
- 1577 y 78 Sables persas.
- 1588 Colgiac ó brazalete turco de Ali-bajá, almirante de los turcos en Lepanto.
- 1598 Espada llamada de Boabdil, último rey moro de Granada.
- 1614 y siguientes. Montantes regalados por los Sumos Pontífices á los Reyes de España.
- 1632 Yelmo de D. Jaime el Conquistador.
- 1644 Espada del mismo.
- 1645 Espada de D. Diego Hurtado de Mendoza.
- 1654 Espada de Fernando III el Santo.
- 1659 Espada de Pelayo, traída de Covadonga.
- 1662 Espada envenada atribuida á Roldán.
- 1666 Escudo preciosísimo de la cabeza de Medusa. Perteneció á Carlos V.
- 1694 Otro primoroso perteneciente al mismo.
- 1696 Espada toledana de Fernando el Católico.
- 1697 Espada sin guarnición del Príncipe de Condé.
- 1698 Espada de Bernardo del Carpio.
- 1702 Espada del Gran Capitán. Estoque real para la jura de los Príncipes de Asturias.
- 1705 Espada valenciana de Isabel la Católica.)
- 1711 Gran partesana del Rey D. Pedro de Castilla.
- 1713 Espada del Emperador Carlos V.
- 1721 Espada preciosísima por su trabajo y guarnición que se atribuye á Benvenuto Cellini.
- 1722 Una caja de abeniz con dos hachas célticas halladas en 1817 en una excavación en Galicia.
- 1727 La Colada, famosa espada del Cid Campeador.
- 1731 Freno atribuido al caballo de Witiza.
- 1732 Adarga primorosa que pudo pertenecer á Felipe II.
- 1739 Espada de Bernal Díaz del Castillo, regalada á S. M. por el conde de la Cortina.
- 1762 Espada zaragozana de D. Juan de Austria.
- 1763 Montante del Rey D. Fernando el Católico.
- 1766 Copia exacta de la espada del Rey Francisco I, devuelta á los franceses en 1808, y mandada sacar por S. M. el Rey consorte.
- 1769 Espada de Francisco Pizarro.
- 1772 Tarja ó tarjeta perteneciente al Rey Francisco I.
- 1773 Espada particular y primorosa de Felipe II.
- 1775 Ronfeá ó espada larga del capitán D. Diego Garcia de Paredes.
- 1776 Espada de Carlos V, traída del monasterio de Yuste.
- 1785 Elfige del Sto. Rey D. Fernando vestida nuevamente con propiedad.
- 1807 Espada de Hernán Cortés.
- 1814 Espada petrificada, hallada en el río Tajo.
- 1842 Escudo ó rodela primorosa de la conquista de América.
- 1845 Espada de Juan de Urbina.
- 1848 Espada flamante del segundo D. Juan de Austria.
- 1862 Espada de Hernando de Alarcón.
- 1868 Escudo primoroso del Rapto de las Sabinas.
- 1870 Espada del *Perrillo*, del poeta Garcilaso de la Vega.
- 1872 Espada de Carlos II el Hechizado.
- 1874 Daga regalada por Luis XIV de Francia á Luis I.
- 1879 Escudo precioso del *Triunfo d'amore*.
- 1880 Espada flamante del Rey D. Felipe IV.
- 1912 Espada del Rey D. Felipe III.
- 1913 Espada toledana del Conde Duque de Olivares.
- 1916 Espada de Garcilaso de la Vega, el que mató al moro.
- 1917 Espada de don Suero de Quiñones, el del *Paso honroso*.
- 1928 Espada del Marqués de Santillana.
- 1931 Platos de hierro de la vajilla de campaña del Emperador Carlos V.
- 1932 Bota de montar del Elector de Sajonia.
- 1933 Bandera militar austriaca procedente de la guerra de Sucesión.
- 1940 y 44 Cañones de mano y de cuerda mecha pertenecientes á don Jaime el Conquistador.
- 1934 y siguientes. Pistolas, arcabuces y pedreñales curiosos.
- 2038 y 39 Estandartes de la batalla de Lepanto.
- 2107 y siguientes. Cañones, escopetas y pistolas de fábrica española.
- 2152 Magnífico candado trabajado por un presidiario de Orán.
- 2159 Estandarte del estinguido cuerpo de guardias de Corps.
- 2189 y siguientes. Silla morisca y otros regalos al Rey Carlos III.
- 2218 y siguientes. Magníficas escopetas de Carlos III.
- 2272 Bandera turca procedente de Lepanto.
- 2308 Armadura ecuestre y armada del Emperador Carlos V con que entró en Milan.
- 2309 Media armadura del Obispo Acuña.
- 2311 Silla de armas del Cid Campeador.
- 2316 Armadura del Emperador traída de Yuste.
- 2321 Armadura ecuestre del Emperador Carlos V sobre un caballo bardado ó encobertado.
- 2323 Casco precioso del Emperador, atribuido equivocadamente á Julio César.
- 2332 Armadura del gran Duque de Alva D. Fernando Alvarez de Toledo.
- 2340 Armadura milanese de Antonio de Leiva.
- 2342 Armadura ecuestre de Hernán Cortés.
- 2343 Hermosa celada perteneciente á Boabdil, el Rey Chico de Granada.
- 2351 Trage completo de un gefe Lipano muerto en batalla con los mejicanos en 1842.
- 2354 Preciosa silla de montar marroquí regalada á la Reina por el Emperador de Marruecos.
- 2355 Armadura del Almirante D. Cristóbal Colon.
- 2373 Casco con vuelo perteneciente á D. Juan de Austria.
- 2384 Armadura ecuestre del Rey D. Felipe III.
- 2388 Armadura completa de Felipe II con que le retrató el Tiziano.
- 2389 Casco primoroso de Ali-bajá, Almirante de los turcos de Lepanto.
- 2396 Armadura chinesca regalada á Felipe II por el Emperador de la China.

- 2397 Cañones gemelos usados en España en el siglo XVI.
- 2398 Armadura completa de Felipe II sobre su caballo bardado.
- 2399 Armadura del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II.
- 2408 Toldillo ó sillón portátil de campaña del Emperador Carlos V.
- 2410 Armadura completa ecuestre del Emperador con que entró en Túnez.
- 2410 Soberbia borzoñota del mismo, de precioso trabajo.
- 2425 Litera de cuero del Emperador.
- 2434 Media armadura de Juan de Escovedo.
- 2439 Armadura japonesa regalada á Felipe II por el Emperador de la China.
- 2479 Armadura ecuestre del Marqués de Villena.
- 2489 Otra armadura chinesca japonesa con máscara.
- 2490 Armadura del Gran Capitán.
- 2498 Armadura ecuestre de Hernando de Alarcón.
- 2517 Armadura completa de torneo sobre un caballo bardado.
- 2521 Casco del Rey de Francia Francisco I.

La mujer.

Pocos libros, sean de la especie que quieran, podremos ojear, entre cuyas páginas no se halle alguna consagrada á la mujer; pocas conversaciones escucharemos en que esta deje de jugar; mas ó menos incidentalmente; cada cual se ha creído siempre con fuerzas y derecho para juzgarla, y sin embargo, por casualidad nos será dado encontrar alguno que lo haya hecho con un poco de acierto.

A fuerza de ocuparse todos de la mujer, á fuerza de definirla y tratar de profundizar en sus arcanos, han llegado á crear de ella un ser casi fantástico, con cualidades é inclinaciones tan diversas de las del hombre, que el que solo la conociese por lo que de ella se ha dicho y escrito, juzgaría existir entre los dos sexos una diferencia inmensa.

Así como el tímido niño, cuando sobrecojido de terror dirige su vista á la oscuridad, cree distinguir en todos los objetos fantasmas horribles, que aumentan su pavor, así también no pocos filósofos y profundos escritores, poseídos de una preocupación exagerada hasta el extremo, se han empeñado ver en la mujer mas allá de lo que en ella existe; la han querido envolver en un misterio inconcebible, y semejantes al niño, en las pequenezes mas sencillas se han figurado fantasmas sin cuento, á los cuales, como parto de su imaginación, ha dado cada uno las formas y colorido que creyera observarlos. No parece sino que al querer mirar á la mujer, desconfiando todos de su vista, han querido ayudarla por medio de anteojos, que aumentando ó disminuyendo demasiado, siempre les han apartado de la verdad, y que ofreciendo infinitos prismas presentan el objeto bajo formas enteramente diversas, siendo muy pocos los que arrojando lejos de sí unos cristales que solo á la confusión conducen, las han examinado á la luz de la razón y sana crítica, únicos microscopios de algun resultado en lo intelectual.

Muchos, muchísimos, han escrito con mas ó menos extensión acerca de la mujer; pero difícilmente entre tan inmenso cúmulo de párrafos, artículos, y hasta obras enteras consagradas á ella, podríamos encontrar dos opiniones enteramente acordes, lo cual por sí solo demuestra bastante bien la ninguna solidez de cada una en particular, y la sobrada razón que asiste para generalmente calificarlas de divagaciones mas ó menos racionales. Unos han llamado á la mujer un ángel, otros un demonio; aquellos la suponen dotada de una exquisita sensibilidad, estos de un carácter perverso hasta el extremo; quién juzga ser la obra mas perfecta de la creación, quién por el contrario hace resaltar y multiplica sus defectos, ya se la atribuyen virtudes exageradas, ya se la niegan aun las mas comunes, ora se la pinta de carácter fuerte, ora de carácter débil; unas veces voluble, otras constante; ya se la cree susceptible de pasiones violentas, ya se la juzga incapaz de ningún sentimiento que nazca del corazón.... Sería no concluir nunca el tratar de reunir todas las opiniones y todos los dichos que acerca de la mujer existen; baste decir, último extremo de la aberración humana, que hasta ha llegado á disputarse la cualidad de racionales, á esos seres que constituyen la mitad de nuestra existencia. Si se pudiera siempre descender á investigar la causa de casi todos los escritos relativos á la mujer, encontraríamos que las pasiones han intervenido durante su confección, y demasiado sabido es, que el lenguaje de las pasiones pocas veces se halla en armonía con la verdad. Preguntemos las circunstancias particulares en que se encontraba la persona ó personas que con tanto entusiasmo trazaran esos rasgos poéticos en que de la mujer se hace un ángel, un Dios, destinado á labrar nuestra ventura, y hallaremos que la felicidad que un amor dichoso esparcía en su corazón en aquellos momentos, les impulsaba á escribir así, embriagados en su contento, y creyendo que pues á una mujer debían su ventura, todos se encontrarían con ellas en igual caso. Volvamos nuestros ojos hacia los que por el contrario, solo han encontrado en la mujer un monstruo, causa de todas nuestras desgracias; examinemos por qué las consideran de tan distinta manera, y observaremos que un rapto de tristeza, ira ó desesperación, ocasionado por los desdenes, por la infidelidad, ó tal vez solo por el mal éxito de una empresa amorosa, ha sido el único motivo que han tenido para calificar por una á todo el sexo, y para como el caso anterior, de un hecho particular sentar y establecer una regla general, que descansando sobre tan débiles bases no puede menos de vacilar y venir por sí misma á tierra. En igual error pues han incurrido los que elevando á la mujer á una categoría casi sobrenatural, la han querido hacer superior al hombre, que los que degradándola, y á decir verdad degradándose, la han pretendido rebajar, sumiéndola en la abyección; pero, y sea dicho de paso, entre estos dos errores hay una diferencia muy notable; el primero reconoce por causa un sentimiento noble y generoso, cualidades que no puede hacer perder la exageración, mientras el segundo está basado en otro de rencor, bajo y despreciable.

Examinando á la mujer tal como es en sí, y despojados de toda preocupación, lejos de ver en ella un fenómeno incomprendible, como por muchos se ha pretendido, encon-

tramos un ser casi en un todo semejante al hombre, susceptible como él de pasiones, de sentimientos; capaz de lo bueno como de lo malo, y cuyas principales diferencias de aquel son secundarias por decirlo así, y estrictamente en cuanto á lo intelectual en las diversas costumbres, y en la diversa educación que reciben. Donde mas principalmente se nota la variedad de los dos sexos, es en el físico, sin que aquella sea no obstante tan capital, que las constituya en seres de distinta naturaleza, ó sin que en razón de las diversas funciones que en la generación, mas particularmente que en nada, están llamadas á ejercer, pueda dicha semejanza dejar de explicarse satisfactoriamente.

Si la mujer carece en lo general de ese talento robusto y fuerte con el cual profundiza el hombre las ciencias mas oscuras, posee en cambio un talento vivo, sutil y penetrante por decirlo así, que la da una perspicacia, que compensa la solidez del otro, y que á veces la hace comprender sin esfuerzo apenas, lo que el hombre solo llega á alcanzar á costa de serios estudios. No se objete en contra de esto el pequeño papel que las mujeres han ocupado siempre en las naciones, y el cortísimo lugar que comparativamente con el hombre ocupan en la historia, pues para poder con algun resultado lógico hacer uso de semejante comparación, sería necesario que hubiese entre unas y otros una completa paridad de circunstancias que está muy lejos de existir. La educación que la mujer ha recibido siempre, y recibe en el día, hasta en Europa, parte del globo que camina á la cabeza de la civilización, tiende únicamente á ahogar en aquella sus facultades naturales, mas bien que á desarrollarlas, y solo en fuerza del genio y el talento, han podido algunas conquistarse un nombre y una celebridad envidiada acaso por miles de hombres. Estos, en todas las épocas, y en todos los países, han monopolizado siempre en ellos la instrucción y la ciencia, ya que no pudiendo disponer ni dirigir la naturaleza, no les fuese dado monopolizar tambien el talento. Desde la niñez empieza á consagrarse al estudio el afortunado ser que ha tenido la dicha de pertenecer al sexo masculino, mientras por el contrario, desde su menor edad se aleja á la mujer de aquel, aislando y envolviéndola en las faenas domésticas, que si bien forman una parte esencial de su misión al lado del hombre, no por eso deberían ser un obstáculo para que adquiriese algunos conocimientos que alejaran de ella la ignorancia, causa primaria de todos esos ponderados defectos de que se la acusa, y que á veces constituyen con efecto en ella una segunda naturaleza. La curiosidad, la bachillería, el coqueísmo, etc., son faltas hijas en las mujeres que efectivamente las tienen desarrolladas, no precisamente de inclinaciones naturales, sino de la ignorancia, de la vida sedentaria, y de las costumbres particulares del sexo; de consiguiente semejantes defectos les vemos desaparecer en aquellas que mas felices que la generalidad, han tenido la suerte de recibir algunos asomos de la educación á que todas tenían derecho.

Una de las cosas que mas han ocupado tambien á cuantos se han dedicado á escribir acerca de la mujer, es la definición de esta, que algunos, aunque pocos, han querido dar, pero de modo tal, que á semejanza de aquel pintor de la antigüedad, necesitan poner á continuación *esta es la mujer*; y que la generalidad ha reconocido como imposible. Esta imposibilidad, objeto de grandes comentarios y argumento usado y por decirlo así, desgastado para probar la singularidad del sexo femenino, nada tiene sin embargo de particular; la religión, el clima, las leyes, la civilización, mil y mil causas pueden contribuir, y contribuyen de hecho á causar alteraciones y diferencias entre los seres racionales de distintos puntos del globo, diferencias tan notables y marcadas en lo físico como en lo moral; pero las cuales sin embargo no varían su especie ni naturaleza. Nos reiríamos, y no sin motivo por cierto, del pintor que en una sola figura pretendiese retratar todos los rasgos característicos y en su generalidad encontrados, de las infinitas razas y familias que constituyen el género humano, y sin embargo un absurdo mayor aun, han cometido cabezas bien organizadas al empeñarse en definir la mujer, ó al admirarse tanto de no poder hacerlo. Las variaciones y diferencias entre el ser moral de distintas personas, guarda la misma proporción que las que se advierten en el físico ó material, y todos podemos observar, que la naturaleza no nos presenta dos personas de completa igualdad en las facciones, en las proporciones, y en sus demás cualidades físicas. Por otra parte estas diferencias son comunes al hombre lo mismo que á la mujer ¿por qué pues, se admira en esta y se comenta de un modo exagerado lo que en aquel pasa desapercibido? ¿por qué no se lanzan gritos de admiración al ver que tampoco es posible dar una definición exacta y general del hombre?.....

Una injusticia semejante ó mayor aun, se ha cometido respecto á las exageradas faltas y deslices de la mujer; aplaudese acaso en el hombre lo mismo que en aquella se acrimina y sirve de arma para degradar á todo su sexo. Desgraciada la mujer que en un momento de pasión ó cediendo á los impulsos del vicio llega á olvidarse de lo que debe á su esposo, y de lo que se debe á sí misma! ¡la sociedad lanza sobre ella un anatema de oprobio, que pesará sobre su cabeza durante toda la vida, y que acaso infamará su memoria aun mas allá del sepulcro: pero ¿por ventura sucede lo mismo con respecto al hombre? ¿espía tambien el marido con la infamia todas las infidelidades que para con su muger comete? ¿lejos de ser así, cuando la Sociedad no las pasa desapercibidas, que es lo mas frecuente, solo se ocupa de ellas para celebrarlas.

Y no se crea por cierto que esto es tratar de disculpar las faltas en que puedan incurrir las mujeres, faltas execrables é indignas casi siempre de perdon; es únicamente demostrar cuán injustamente se acusa y hacen propias de un solo sexo debilidades comunes á ambos, y cuán absurdo es exigir en las mujeres una perfección de que nosotros carecemos los primeros.

La mujer en fin, enaltecida por unos, vilipendiada por otros, y casi siempre mal juzgada, no es otra cosa que una de las dos mitades que componen el todo á que podemos llamar ser humano. Creada como el hombre, para compartir unidos los placeres y sinsabores de la vida, para reasumir sus dos existencias en una, ambos se necesitan mutuamente. Dotada de pasiones y defectos cual á aquel le sucede, es cau-

sa unas veces de la ventura y otras de la desgracia del hombre, de igual manera que este puede tambien labrar la felicidad ó desdicha de aquella, y así como uno de nuestros modernos poetas ha dicho en un elegante soneto.

»Es la mujer, del hombre lo mas bueno.»
«Es la mujer, del hombre lo mas malo.

Así tambien, y con el mismo derecho, podrían las mujeres volviendo la oración por pasiva, esclamar á su vez.

De la mujer, el hombre es lo mas bueno.
De la mujer, el hombre es lo mas malo.

VICENTE SANCHEZ OCAÑA.

Insertamos gustosos la siguiente composición, que ha tenido la amabilidad de facilitarnos el señor Eulate, apreciable marino, cuyo trato con las musas no es una novedad para el público.

INCONSTANCIA.

SERENATA.

El viento en la pradera
Besa las flores,
Y hace engendrar al paso
Tiernos amores;
Mas corre alevé,
Y al correr deja ingrato
La flor que mueve.

Con su trino amoroso
Blando y suave,
La pena del que llora
Endulza el ave:
Mas cesa el canto,
Y otra vez á sus ojos
Asoma el llanto.

Siente Flérida hermosa
Su mal flérido,
Y las perlas que vierte
Se lleva el río:
Van á los mares
Y en su seno se ocultan
Hondos pesares.

Como el río y el ave
Y como el viento,
¿Serán las ilusiones
Que amante siento?
Tu amor y el mío
¿Serán ¡ay! como el ave,
Auras y río?

Por un mar inconstante
Mi amor navega,
Nunca la tierra alcanza
Ni al puerto llega;
Que el alma herida
Cual nave sin piloto
Vaga perdida.

Vuelvo la vista al mundo
Que amé en un día,
Y en él no encuentro ¡Oh cielos!
La gloria mia:
Solo una ingrata,
Inquieta mariposa
Hiere y me mata.

Vaporosa y aérea,
Rica en sus galas
Siento que en torno mío
Bate sus alas;
Cojerla anhelo,
Y á otro espacio mas libre
Remonta el vuelo.

Y es tan dulce el encanto
De la ternura
Que se refleja al brillo
De su hermosura,
Que teme el pecho,
De amor en tiernas lides
Quedar deshecho.

Mas no, porque inconstante
Mi amor navega,
Nunca la tierra alcanza
Ni al puerto llega;
Que al alma herida
Mejor la vá sin rumbo
Vagar perdida.

M. EULATE.

MODAS.

Cuando escribíamos la primera línea de un artículo de modas, vimos en *El Herald* el siguiente artículo, que hace inútil nuestro proyectado trabajo.

Antes de reproducir el citado artículo y para inteligencia de los figurines que presentamos al final de este número, diremos que el grabado número 1.º representa un traje de calle, el número 2.º un vestido de sociedad, el 3.º un traje de paseo, el 4.º de visita, el 5.º un elegante modelo de bata para caballero, el 6.º un traje de baile, el 7.º un figurin de caballero, bien que la forma del sombrero muy en uso actualmente en Francia, no tiene aceptación entre nosotros: el 8.º es un lindísimo traje nupcial, el 9.º en fin, de sociedad para caballero. Hé aquí ahora el artículo de *El Herald*. El invierno, que aun no quiere tocar á retirada, obliga

á las modas á paralizarse; ya no es tiempo de inventar *toilettes* de abrigo: demasiado fecunda ha sido en este género estos últimos meses; los trajes de medio tiempo estan aun en proyecto, pues el frío no permite que se adopten; en fin, es la época de los conflictos, y el genio inventivo de las modistas, como la sonrisa de una coqueta, á todos alhaga, y las novedades que hace dos meses se tenían por tales, las reproduce ahora revestidas de otro título; por ejemplo, los *casavecks*, que por su mucha comodidad tanto duran, se introducen ahora bajo la misma forma que antes, pero llamándose *cenicientas*; pero, puesto que tantos partidarios tiene la moda, á pesar que va recorriendo países y vistiendo á unos con los deshechos de otros, y aun casi todos los contemplando, ¿de qué sirve quejarse? Escúchense, pues, sus últimos dictados, que, como siempre, agradarán infinito al bello sexo.

La estación actual, que es la de mas animación para bailes y demas fiestas nocturnas, ha hecho descuidar los trajes de calle, que no han sufrido la mas ligera alteración de como se hacían á principios de invierno.

Se observa con gusto este año que las señoras que bailan llevan vestidos con las condiciones rigurosas, para que, al hacerlo, no les falte gracia; antes se veían trajes de *moir antique* y otras telas serias dar pesadas vueltas en un wals, cuando lo natural es que la gasa y crespon, en que tan graciosas y caprichosas ondulaciones produce el aire que los agita en una polka, sirvan para este objeto, así como las telas fuertes dan un aire magestuoso á las que las llevan, muy propias en las señoras que no bailan. Es preciso confesar que los vestidos de reunión estan ya demasiado recargados de adornos ó *floriture*, como se diría en términos musicales: ya no basta el vestido de tul con viso de seda; es preciso que haya rizados de cinta, encajes, flores, alhajas; y así es que un vestido de ahora, hace trece años hubiese tenido suficientes materiales para adornar á una familia entera.

Las jóvenes casadas que bailan pueden hacerse vestidos elegantísimos y ricos sin que por eso dejen de ser suficientemente aéreos para ese objeto. Uno de los trajes que mas han gustado este invierno, se componía de una falda de gró celeste con volantes de encaje blanco, puestos encima de otros de tul celeste encabecados por un rizado de cinta angosta y sostenido cada uno por un nudo con caídas de cinta de raso y gasa; el cuerpo de esta falda era á la Luis XV, con nudos por delante y una solapa de encaje rodeando el busto, y concluyendo delante en la cotilla. Nunca ha existido tanta variedad en los trajes de baile como ahora; de modo que las elegantes confían mucho en su propio gusto, y consultan su persona para adoptar lo que mas les conviene. La moda es un escudo que tapa todos los defectos: las muy delgadas se ponen ahora collares para disimular los huesos; las muy gruesas llevan camisetas para ocultar sus carnes. Este es generalmente el principio de donde nacen las modas. Ana Boleña introdujo las mangas largas y perdidas para que no se observase una mano en que tenia seis dedos. Los cabellos cortos fueron adoptados en Francia en el tiempo de Francisco I, que tuvo que hacérselos cortar para curarse una herida que habia recibido en la cabeza en un desafío. Enrique II fué el primero que se puso golilla para ocultar una cicatriz que tenia en el cuello; y no hay duda que la moda que han sacado ahora algunas señoras en Francia, de pintarse y empolvarse, fué inventada por alguna vieja coqueta que tenia muchas arrugas que ocultar.

Las flores son cada día mas naturales y bonitas: las guirnaldas se llevan de todas hechuras, unas colgando, otras á la Norma y atadas por detras con un lazo de cinta que cuelga por la espalda, y todas son graciosas.

Los pañuelos de mano son riquísimos; los heráldicos bordados con escudos de armas, los á la *jardinera* con coronas y ramos de flores, y los Alboni, cubiertos de ruiseñores, son los que se llevan la palma. La Villa de Paristiene su almacén lleno de estos primores, lo mismo que de flores, sedas, cintas y todas las golosinas en materia de modas que pueda apetecer una elegante.

Las telas *chine* que tanto se llevan ahora y las á la Pompadour se encuentran allí con la mayor variedad, aumentando cada vez mas la reputación de elegancia y gusto que ha sabido adquirir este almacén.

Los sombreros se llevan muy abiertos, y el interior adornado con caídas de flores; la parte exterior con cintas y encajes mezclados. Algunos hay lindísimos de terciopelo y blanca; desgraciadamente en invierno hay que adoptar el sombrero con preferencia á la mantilla por causa del frío. Todas las españolas residentes en Londres tienen la buena intención de presentarse durante la gran exposición con la graciosa mantilla, y es indudable que de todas las extranjeras que se pongan su traje nacional, ninguno agradará tanto como el de nuestras elegantes compatriotas.

M. E.

Un Salomon con sotana.

Aconteció no ha mucho que sierta señora alemana entregó á una nodriza de una aldea un niño para que lo criase, dándole la suma correspondiente al salario de cuatro años. Pocos dias despues, un caballero trajo á la misma nodriza otro niño con igual objeto, y por una coincidencia singular los dos eran sumamente parecidos. Pasado algun tiempo, el caballero tuvo que hacer un largo viage, por lo cual pasó á ver á su hijo, y dejó á la aldea una cantidad suficiente para que le alimentase por algunos años. Transcurridos cuatro, la señora volvió á la aldea á recoger su niño; pero uno de los dos habia muerto durante este tiempo, y la nodriza no sabía á punto fijo cual de ellos era, si el de la señora ó el del caballero. La madre sostenía que el vivo era el suyo, y se obstinaba en llevárselo con mucho empeño, cuando se presentó en el pueblo el caballero que, de vuelta de su viage, venia en busca del depósito que confiara á la indecisa aldea. Cuando supo lo que pasaba, no titubeó en sostener que le pertenecía el niño que estaba mirando. No hubiera sido posible resolver la duda, ni dirimir la contienda, á no ser por el cura de la parroquia, que enterado del negocio, lo arregló casando á los dos contricantes, los cuales afortunadamente se conformaron con este avenencia.



Figura 1.ª



Figura 2.ª



Figura 3.ª



Figura 4.ª



Figura 5.ª



Figura 6.ª



Figura 7.ª



Figura 8.ª



Figura 9.ª

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del MANABIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 16.